



Turismo cafetalero

La UNESCO auspicia “La Ruta del Café” en Cuba



En el marco del proyecto “La Ruta del Café”, que auspicia la UNESCO, un equipo de 20 expertos cubanos avanza en la exploración de las ruinas de los cafetales franceses que florecieron desde finales del siglo XVIII en la parte oriental de la isla, en la Sierra Maestra.

La iniciativa busca conectar por senderos transitables a 170 de los más de 250 cafetales habilitados entre finales del siglo XVIII y principios del XIX por “hacendados franceses refugiados en esta región tras la revolución haitiana de 1971”, según los promotores del plan. Los emigrantes construyeron sus enormes casas de piedra con los materiales y el estilo al que estaban acostumbrados. La unidad típica cafetalera estaba formada por la vivienda doméstica, que incluía también el almacén, los caminos y las áreas agrícola e industrial.

En estos cafetales se realizaba el proceso completo del beneficio del grano: el secado, descascarado, trilla y pulida en el moulin, o tahona, los secaderos, el horno de cal y el acueducto pluvial o fluvial. El agua represada se distribuía por canales, salvándose los desniveles de las montañas con viaductos y arcadas para el proceso del beneficio del grano y también a las viviendas rodeadas de jardines.





Las grandes haciendas se convirtieron en poderosos centros productores de café y gracias a ello la Mayor de las Antillas logró ser, no sólo el primer exportador mundial a inicios del siglo XIX, si no que los cafetales cubanos constituyeron un magnífico monumento a la ingeniería hidráulica, vial, doméstica e incluso funeraria.

Actualmente, todavía se conservan algunas vías abiertas, por colonos y negros esclavos, para transportar las producciones en medio de la abrupta topografía del principal macizo montañoso del país.

El proyecto, que ejecutan los especialistas de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba y de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Oriente, está auspiciado por la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y permitirá divulgar elementos del proceso agroindustrial del café diseñado por los hacendados franceses y podrá ser visitada por estudiantes y turistas.





“Al igual que los proyectos de La Ruta del Esclavo y del Azúcar, el relacionado con el café tiene repercusión cultural pues ahonda en factores étnicos, económicos y sociales ligados a ese proceso migratorio y a las formas y medios que perpetuaron la esclavitud en América”, ha asegurado la experta Yaumara López, de la Oficina del Conservador de la ciudad de Santiago de Cuba. López ha precisado que, entre las cuatro rutas que se exploran actualmente, está la de "El Caney", que hasta ahora no había sido estudiada y que es donde se encuentran precisamente, los cafetales más antiguos de la región.

Otras labores y expediciones se llevan a cabo en zonas de Ramón de Las Yaguas, Songo-La Maya y las cercanías de Guantánamo, sitios donde se realizan estudios estructurales y arqueológicos para ultimar la ubicación de los inmuebles y solidificar la estructura de algunas ruinas de gran interés patrimonial.

Cuba posee la mayor cantidad de ruinas de haciendas cafetaleras con valor arqueológico en todo el mundo, la mayoría ubicadas en la provincia de Santiago de Cuba, abarcando la zona de la Gran Piedra, El Cobre, Dos Palmas y Contramaestre, aunque también hay muchas en Guantánamo. Estos lugares forman un extenso cinturón





cafetalero en la región sudeste de Cuba, zona que ha sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad, en su acepción de paisaje arquitectónico.

Las ruinas más famosas son la finca de Santa Sofía, el Kentucky y La Isabélica, esta última en perfecto estado de conservación y que posee además un museo etnográfico.

Otras instalaciones de vital importancia para la reconstrucción de la historia cafetera del país son, por ejemplo, el cafetal Fraternidad en el que se pueden conocer de primera mano algunos de los vestigios más significativos que marcaron las relaciones económicas y sociales de la cultura americana. También se puede visitar en el Wajay, La hacienda de Don José Gelabert, el primer caficultor cubano.

Àngela d'Areny





El café, uno de los grandes personajes de la historia de Cuba



El café tiene para Cuba una alta significación, no del todo conocida, tanto en el terreno histórico, como en el económico e industrial y sus ponderaciones son tantas que resultan de difícil condensación en una sola página de revista.

El doctor Fernando Ortiz, inspirador de este trabajo, al referirse al café cubano dice que es “uno de los grandes personajes de la Historia de Cuba”, cuyo origen e invención son objeto de muy simpáticas e interesantes leyendas.

La presencia en Cuba “del don del África Negra” se debe a Antonio Gelabert, quien fundó en el Wajay, en las afueras de La Habana, el primer cafetal de la isla hacia 1748, con semillas provenientes de la actual República Dominicana. La avalancha de haciendas cafetaleras se produjo en Cuba con la llegada de colonos franceses que emigraron desde Haití debido a la revolución de 1791. El desarrollo comercial de este producto llegó a ocupar el número uno entre los cultivos de la isla en años pretéritos, si bien posteriormente resultó víctima de la competencia brasileña y de la expulsión de los franceses, con lo que, en la actualidad se puede decir que el café es para Cuba una de tantas páginas de su historia que nos hacen mirar hacia atrás, en busca de un ayer que se esfumó. Con todo, su cultivo no ha desaparecido totalmente ya que el café recibe aún un intenso culto en las regiones de Guantánamo, Yateras, San Luis y Sierra Maestra en Oriente; en Trinidad y Sigüanea en Las Villas y en Taco Taco, Candelaria y San Cristóbal en Pinar del Río.

Adentrándonos un poco en aquel ayer ya esfumado, Cuba no puede mencionar sus primeras victorias alcanzadas por Narciso López sin citar con ellas los cafetales de Arraz y Frías. No puede referirse a conspiraciones y rebeldías sin enumerar los “Cafés” o casas donde el café se servía a toda hora y que tan célebres nombres adquirieron en la añeja Habana como “La Taberna”, “Los Franceses”, “De Copas”, “La Dominica”, “De Marte y Belona” y “El Louvre”, por no citar más, que en sus horas de tertulia tradicional se daban los “santos y señas” y casi todos testigos fueron de luchas y de registros que tan profundamente sentaron las bases en que se sustenta hoy Cuba.

Por si fuera poco lo expuesto, si se tiene en cuenta que originariamente casi todos los cafetaleros eran de origen francés y que con sus riquezas, cultura y familias



vinieron a Cuba huyendo de los desmanes y atropellos de Haití y de la Louisiana, al fijar su residencia en la isla y explotar en los campos cubanos la industria de rico café, difundieron en ella la cultura refinada de ideas y de modales de aquella Francia napoleónica que saturó al mundo entero con sus normas y costumbres que, además, en Cuba se plasmaron en regias casonas solariegas diseminadas por doquier, en las que vertieron el caudal de su arte y su cultura, con sus muebles y pinturas, con salones y bibliotecas, mientras su exterior se embellecía con magníficos jardines que, a la par que realizaban las galas y prestancia de las mansiones señoriales, se convertían en adecuado marco de romances y madrigales, en que el amor, como siempre, hacía entrar en juego a los romeos y julietas, que forjados al calor del ensueño de los humos del buen tabaco y los aromas del mejor café, pudieron verificar el milagro, cuando a las cortes de Europa se trasladaban, de que los petimetres de aquellas regiones se pavonearan ante las damas encoquetadas “con las filigranas del humo de la *cuban ebullition*”, haciendo que en la categoría jerárquica social, alcanzaran destacada distinción, personalidad y ufanía la hermosa trilogía netamente cubana del café, tabaco y azúcar.

Algo le faltaría a la belleza del café cubano si como corona de su síntesis histórica no pusiera la apología que de él hace el gran apóstol José Martí con estas palabras: “Es jugo rico, fuego suave, sin llama y sin ardor, aviva y acelera toda la ágil sangre de mis venas. El café tiene un misterioso comercio con el alma; dispone los miembros a la batalla y a la carrera; limpia de humanidad el espíritu; aguza y adereza las potencias; ilumina las profundidades interiores y las envía a fogosos y preciosos conceptos a los labios. Dispone el alma a la recepción de misteriosos visitantes y a la audacia, grandeza y maravilla...”

“Así es Cuba” por Alberto Boix Comas

Ensayo aparentemente editado a principios de la década de 1950.